

# Estampa

## UN PUEBLO ESPAÑOL LIBERTADO: BELCHITE

LOS EVADIDOS, EL QUE  
SE SALVO FRENTE AL  
PIQUETE Y LA "CORO  
NELA"

LOS SOLDADOS DEL PUE-  
BLO COMBATEN ASI

LAS VIUDAS, LAS MU-  
CHACHAS DE LA CARCEL  
Y LA NIÑA QUE NACIO  
BAJO LOS OBUSES

BELCHITE, DESPUES DE  
LA LUCHA

EL VIEJO QUE NO QUE-  
RIA SALIR, LOS HERIDOS  
QUE ELLOS ABANDONA-  
RON Y LA MADRE Y LA  
HIJA DEL TIRO EN LA  
FRENTE

**Un gran reportaje  
de nuestros en-  
viados especiales**



## BELCHITE, PUEBLO FANTASMA

## HACER MEMORIA

**Hacer Memoria** es una colección de guías prácticas orientadas a personas de edad adolescente, promovida por la Secretaría de Estado de Memoria Democrática (SEMD) y coordinada por Antonio Lafuente y Francisco Ferrándiz, ambos investigadores del CSIC.

**Hacer Memoria** representa un esfuerzo amable por hacer más porosas las fronteras entre lo que pasa y lo que nos pasa, entre lo que ocurre en el aula y lo que sucede en la urbe, entre lo que aprendemos en los libros y lo que aprendemos en la vida, entre la necesidad de imaginar el futuro y el imprescindible conocimiento crítico del pasado.

Hemos encargado las guías a personas con conocimiento probado sobre cada uno de los temas. Pero no les hemos pedido que hagan un juicio definitivo de situaciones pretéritas y zanjen de una vez lo que pasó. Les hemos pedido que nos enseñen a convivir con asuntos ciertamente tristes, oscuros y latentes del pasado, siempre insidiosos y nunca olvidados.

Nuestra propuesta aspira a presentar un conjunto de textos accesibles y de fácil lectura. Queremos que se usen en los institutos y que sea el alumnado adolescente quien asuma la tarea de construir ese espacio colaborativo, colectivo, abierto, inclusivo, experimental, fragmentario e incompleto que llamamos memoria.

Diseño: Rodrigo López Martínez

Maquetación: Safekat, S. L.

---

**CRÉDITOS**

Edita: Ministerio de Política Territorial y Memoria Democrática



Textos: Stéphane Michonneau

**Foto portada:** *Crónica*, 18 de septiembre, 1937.

Catálogo de publicaciones de la Administración General del Estado

<https://cpage.mpr.gob.es/hacermemoria/>

**NIPO (edición online):** 127-26-001-3

**ISBN (edición online):** 979-13-88280-11-5

**Fecha de edición:** diciembre de 2025

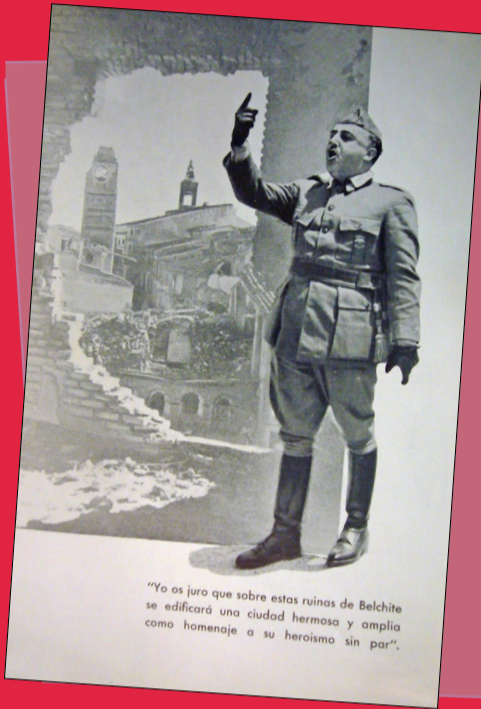




# HACER MEMORIA

## BELCHITE, PUEBLO FANTASMA

El pueblo aragonés de Belchite fue lugar de una sangrienta batalla durante la guerra civil española, de agosto de 1937 a marzo de 1938. Al final de la contienda, esta pequeña ciudad de alrededor de 3.500 habitantes estaba casi completamente destruida. Tras la guerra, el régimen franquista tomó la decisión, entonces casi inédita en Europa, de conservar las ruinas en pie, como monumento glorioso a la resistencia *nacional* frente al enemigo republicano.

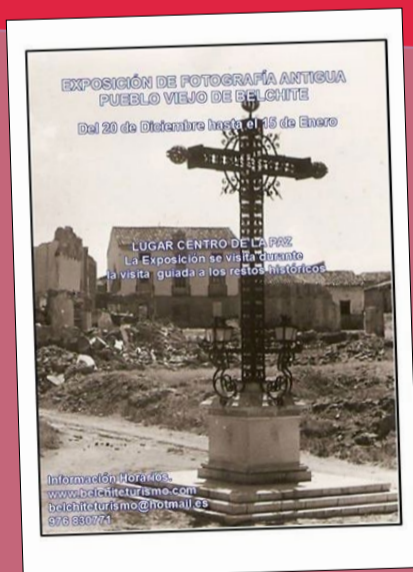


## ESCENOGRAFÍA FRANQUISTA

Belchite fue el primer "pueblo adoptado por el Caudillo" en 1939 y absorbió el 80% del presupuesto de la reconstrucción de Aragón. Numerosas comitivas de todo tipo visitaron entonces las ruinas de Belchite, multiplicando las conmemoraciones acordes al régimen dictatorial. El recinto del pueblo se pobló de múltiples monumentos recordatorios a los "Caídos por Dios y España".

## SOBREVIVIR ENTRE RUINAS

El éxito del pueblo-mártir para las ceremonias franquistas contrasta con el abandono real en el que se mantenía: los belchitanos vivieron entre las ruinas hasta 1963, siempre amenazados por el peligro de derrumbamiento de los edificios de adobe y piedra que todavía les pertenecían. Los refugiados que habían huido de la guerra y volvían a Belchite vivían en condiciones extremas en barracones edificados por el Auxilio Social de la Falange en 1939.



## TURISMO DE GUERRA

La política de patrimonialización de ruinas en España a partir de la década de 2010 benefició el crecimiento del turismo de guerra. En el caso de Belchite, la defensa del patrimonio se apoyaba en el programa Amarga Memoria, bajo la autoridad del gobierno autonómico. En 2014, la cifra de visitantes alcanzó 13.864. Hoy en día, ya alcanza la cifra de unos 40 000 turistas al año.

## AUTOR



Stéphane Michonneau es catedrático de historia contemporánea en la Universidad Paris-Est Créteil (Francia). Como investigador, se ha interesado por las políticas de memoria en España desde las guerras napoleónicas hasta la guerra civil, pasando por Barcelona en los siglos XIX y XX.

# ÍNDICE

QUIÉN HACE ESTA GUÍA	4
HACER MEMORIA	6
INTRODUCCIÓN: EL ANTIGITANISMO HISTÓRICO	8
1. UN ESCAPARATE DEL FRANQUISMO	11
2. EL CULTO A LAS RUINAS	15
3. SOBREVIVIR ENTRE ESCOMBROS	19
4. TIERRA DE OLVIDO	23
5. TURISMO DE GUERRA Y MEMORIA	26
6. PSICOFONÍAS Y FANTASMAS	30
OTROS EJEMPLOS	33
1. RUINAS POR DOQUIER	34
2. LEYENDA Y MEMORIA EN BELCHITE	36
3. EL ORDEN URBANO DEL NUEVO BELCHITE	38
INICIA TU PROPIO PROYECTO	40
CONSEJOS	42
RECURSOS	44

# INTRODUCCIÓN

## LA MOVILIZACIÓN DE LAS RUINAS

Situado a unos 40 km de Zaragoza, el pueblo aragonés de Belchite fue lugar de una sangrienta batalla durante la guerra civil española, de agosto de 1937 (ofensiva republicana y asedio de Belchite) a marzo de 1938 (contraofensiva franquista y reconquista de Belchite). Al final de la contienda, esta pequeña ciudad de alrededor de 3.500 habitantes estaba casi completamente derruida. Una vez conquistado por el ejército franquista, Franco vino a visitar las ruinas de Belchite: en esta



**Figura 1.** Vista de la iglesia San Martín de Tours desde la Torre del Reloj, foto personal.

.....  
*Al final de la contienda, esta pequeña ciudad de alrededor de 3.500 habitantes estaba casi completamente derruida. Una vez conquistado por el ejército franquista, Franco vino a visitar las ruinas de Belchite: en esta ocasión, prometió que se reconstruiría un nuevo pueblo «como homenaje a su heroísmo sin par». Pero algunas semanas más tarde, el régimen tomó la decisión, entonces casi inédita en Europa, de conservar las ruinas en pie, como monumento glorioso a la resistencia nacional frente al enemigo republicano.*  
.....

ocasión, prometió que se reconstruiría un nuevo pueblo «como homenaje a su heroísmo sin par». Pero algunas semanas más tarde, el régimen tomó la decisión, entonces casi inédita en Europa, de conservar las ruinas en pie, como monumento glorioso a la resistencia *nacional* frente al enemigo republicano.

Belchite, pueblo-mártir del franquismo, se convirtió pronto en el escaparate para el régimen que buscaba en la victoria sobre la República el fundamento de su frágil legitimidad. Belchite fue el primer “pueblo adoptado por el Caudillo” en 1939 y absorbió el 80% del presupuesto de la reconstrucción de Aragón. Numerosas comitivas de todo tipo visitaron entonces las ruinas de Belchite, multiplicando las conmemoraciones acordes al régimen dictatorial.

El recinto del pueblo se pobló de múltiples monumentos recordatorios a los “Caídos por Dios y España”. En 1954, Franco vino a inaugurar el Pueblo Nuevo, visto como símbolo de la paz y prosperidad. El Pueblo Nuevo representaba el ideal de una ciudad fascista con edificios grandiosos. Sin embargo, se atribuía las casas nuevas según criterios estrictamente políticos y una pequeña parte estaba construida mediante el trabajo forzado de uno de los campos de trabajo más grandes de España.

Paradójicamente, el franquismo no tomó medidas concretas para mantener el pueblo viejo en su estado posbélico, de tal suerte que nunca existió un plan de restauración y no se hizo mucho por consolidar los edificios que presentaban un interés artístico. Al contrario, la acción del clima aragonés y el aprovechamiento de los materiales abandonados por parte de los belchitanos en tiempo de extrema mi-



**Figura 2.** Belchite Vista general (Belchite\_Vista\_general01\_WikiMadia Commons).

sería aceleraron el desmoronamiento de las casas, salvo algunos edificios en piedra como iglesias, conventos y puertas monumentales de la ciudad.

En estos mismos años, el éxito del pueblo-mártir para las ceremonias franquistas contrasta con el abandono real en el que se mantenía: los belchitanos vivieron entre las ruinas hasta 1963, siempre amenazados por el peligro de derrumbamiento de los edificios de adobe y piedra que todavía les pertenecían. En cuanto a los refugiados que habían huido de la guerra y volvían a Belchite, vivían en condiciones extremas en barracones edificados por el Auxilio Social de la Falange en 1938.

A partir de los años 1960, el éxito político de Belchite decayó rápidamente. Es que a comienzos de esa década, la relación con la guerra civil cambió para el franquismo, sobre todo, en lo que se refiere a los modos de definición del conflicto. Con la celebración de los “25 años de paz”, más bien importaba las promesas de prosperidad y de orden social que el propio recuerdo de la guerra civil, aunque la Falange seguía manteniendo el horizonte de la “revolución (fascista) pendiente”. Se abandonaron poco a poco las ruinas a los recuerdos de los belchitanos.

En época de la Transición democrática, no se supo bien qué hacer con las ruinas heredadas de una dictadura que nunca se consideró como un *Ancien Régime* que habría que rechazar: podríamos hablar de una neutralización de las efemérides y de los monumentos heredados del franquismo, lo que significa en el caso de

Belchite un abandono total. La posibilidad de un resurgimiento de Belchite resultaba más que improbable en las particulares circunstancias de la Transición. Hubo que esperar a mediados de la década de 1980 para que se formulase un nuevo interés por el viejo pueblo, pero limitado al valor artístico de los edificios todavía en pie. Si bien se acordaba el derecho a los excombatientes de la República a homenajear a sus muertos, se les proponía actuar en el decorado elevado por la dictadura, cosa inaceptable para ellos.

En los años 1990 se intentó promover la conservación del Pueblo Viejo, considerando de aquí en adelante las ruinas como unas de las pocas huellas de la guerra civil. Pero este proyecto de rehabilitación, llamado “Belchite por la Paz”, si bien se quería que fuera de consenso para promover la reconciliación, tampoco tuvo éxito. A partir de los años 2000 se aprobó un plan de acción de restauración para ocho edificios y empezaron las obras. En los años 2010, Belchite organizó el turismo de guerra con bastante éxito, pues cada año lo visitan unos 40.000 turistas. La conversión de Belchite en patrimonio histórico, por no decir en parque temático de la guerra civil española, permite favorecer una forma de reconciliación, lema indiscutible de la transición española, bajo el paraguas de que “... todos fuimos víctimas de la guerra”, una visión que invisibiliza el compromiso político e ideológico de los combatientes en ambos bandos del frente.

Hablamos, entonces, de un *patrimonio incómodo* que sigue transmitiendo valores políticos que ya no se corresponden con los actuales; Belchite forma parte de una red de ruinas de guerra exhibidas durante la dictadura. En la escala europea, se inserta también en el movimiento de conservación de huellas de guerra que caracterizaron las posguerras en el continente. A través de la gestión que se hizo de todo cuanto recordara la violencia bélica, se puede entender mejor la relación que los españoles mantuvieron con su guerra civil.

# UN ESCAPARATE DEL FRANQUISMO

A large, stylized white number '1' is centered within a solid green rectangular background. The number has a slightly irregular, hand-drawn appearance with a small notch at the top left.



Figura 3. El Heraldo de Aragón, «Piedras gloriosas de Aragón», 18 de julio 1943, p. 3.

Ya, durante la guerra, el franquismo desarrolló un culto a las ruinas de guerra: varios fueron los proyectos de conservación, tanto en el Alcázar de Toledo como en la Ciudad Universitaria de Madrid o en el santuario de Santa María de la Cabeza (Jaén). Las ruinas significaban para el franquismo el derrumbe de la España liberal-demócrata y hacer *tabula rasa* del pasado para edificar una nueva España.

La Dirección General de Turismo, dependiente del Ministerio de Gobernación, montó rutas turísticas de guerra desde 1938. Las destrucciones eran siempre atribuidas al bando republicano, aunque, en el caso de Belchite, las responsabilidades eran compartidas.

El franquismo fue una fábrica de mitos. Se comparó, por ejemplo, Belchite con Numancia, el pueblo que supuestamente había resistido al Imperio romano, o se revitalizó el heroísmo de las guerras napoleónicas al recordar cómo Zaragoza resistió al ejército imperial francés en 1808 y 1809. En octubre del 1937, apenas acabada la ofensiva republicana sobre Belchite, algunos ya comparaban la resistencia de los belchitanos con la demostrada por los cadetes del Alcázar de Tole-

do un año antes. Tras la batalla, la prensa franquista consideraba las “ruinas gloriosas” de Belchite como una prueba del carácter indomable de los españoles frente al enemigo extranjero; se negaba así la dimensión civil del conflicto, presentándolo como una lucha contra los bolcheviques soviéticos. En clave religiosa, se asimilaba el destino de Belchite al del Cristo, cuyo sacrificio permitió la salvación de la humanidad. Con esos mimbres se fue construyendo una mística de las ruinas que el régimen exaltó.



Figura 4. Ceremonia al pie de la Cruz de los Caídos, 30 de mayo de 1940, fuente: AGA, F-33-04250-00016-001.

La Dirección General de Regiones Devastadas (DGRD) intentaba la reedificación de los edificios destruidos y también la reconstrucción social y moral de una nueva sociedad fascista. La cultura de la memoria insistía sobre el culto a los muertos “caídos”, supuestamente sacrificados por la patria. De ahí la multiplicación de “campos sagrados” y “monumentos a los Caídos”, especialmente en Belchite, pueblo convertido en un inmenso santuario. Muchas ciudades españolas pidieron que se les mandaran piedras de Belchite, como si fueran reliquias. Durante la década de 1940, se levantó una cruz de madera en recuerdo de los Caídos, reemplazada más tarde por otra de hierro forjado y ofrecida al pueblo por la dirección del campo de prisioneros. Una fosa común, situada en pleno centro del antiguo pueblo, era un trujal, es decir, un antiguo depósito de aceite con forma circular que también se transformó en otro monumento a los Caídos.

Entre 1938 y 1965, intensas fueron las ceremonias de todo tipo para organizar peregrinajes patriótico-religiosos, movilizándolo a las organizaciones que encuadraban la sociedad española de entonces: sindicato único, Sección Femenina, Falange, Iglesia, escuelas, etc. A partir de 1943, se sucedían tres ritos en estas

ceremonias: una misa, un homenaje militar y falangista en el trujal y al pie de la cruz y un homenaje civil en el cementerio. Pero fueron muchas las tensiones entre los agentes de memoria que pretendían dar vida al mito de Belchite, a saber: las autoridades municipales, la Falange y los militares que estaban representados, mayoritariamente, por la Hermandad de los Defensores de Belchite.

.....  
*La celebración de los “25 años de Paz” en 1964 supuso un giro importante, pues se empezó a hablar de prosperidad y de orden social, entendidos estos objetivos como nuevas fuentes de legitimidad del régimen, tan importante ahora como la misma victoria de 1939.*  
.....

La inauguración del pueblo nuevo en 1954 representa el apogeo de aquel impulso y es narrado como la supuesta realización de las promesas del régimen. En Belchite, el franquismo proponía una doble utopía: la primera, como hemos visto, era resultado de la conservación del pueblo viejo; una conservación que se había decidido en 1938 siguiendo una tradición cultural e iconográfica preexistente; la segunda, se realizaba gracias a la construcción del nuevo pueblo, que suponía un intento de construir en piedra ideales fascistas. Es decir, un urbanismo planificado por el Estado que reflejara la supremacía del poder político —y en el caso español religioso— sobre la sociedad, la centralidad de las instituciones de represión y de control de la población y, finalmente, la estricta jerarquía de la sociedad y la discriminación de los vencidos.

Belchite Nuevo debía servir de modelo y era un laboratorio. Según declaraba Roque Andrada, ingeniero jefe de obras, se trataba de levantar “un pueblo modelo”. Se ha probado la influencia de ejemplos alemanes y nórdicos en la arquitectura de los nuevos pueblos reconstruidos. No podemos olvidar que el plan del nuevo Belchite fue una obra marcada por la ideología fascista. El espacio del pueblo, más amplio, más ordenado y más racional, reflejaba estas intenciones. La reconstrucción tuvo la clara intención de ruralizar Belchite, de acuerdo con la ideología antiurbana que inspiraba al régimen, que definía la ciudad como espacio de perversión moral, de contestación política y de falta de religiosidad, frente a un campo que representaba la España supuestamente eterna. Este proyecto de reconstrucción no podía desvincularse de los trabajos hidráulicos que respondían, a un tiempo, a las necesidades de riego, de canalización y de electricidad.

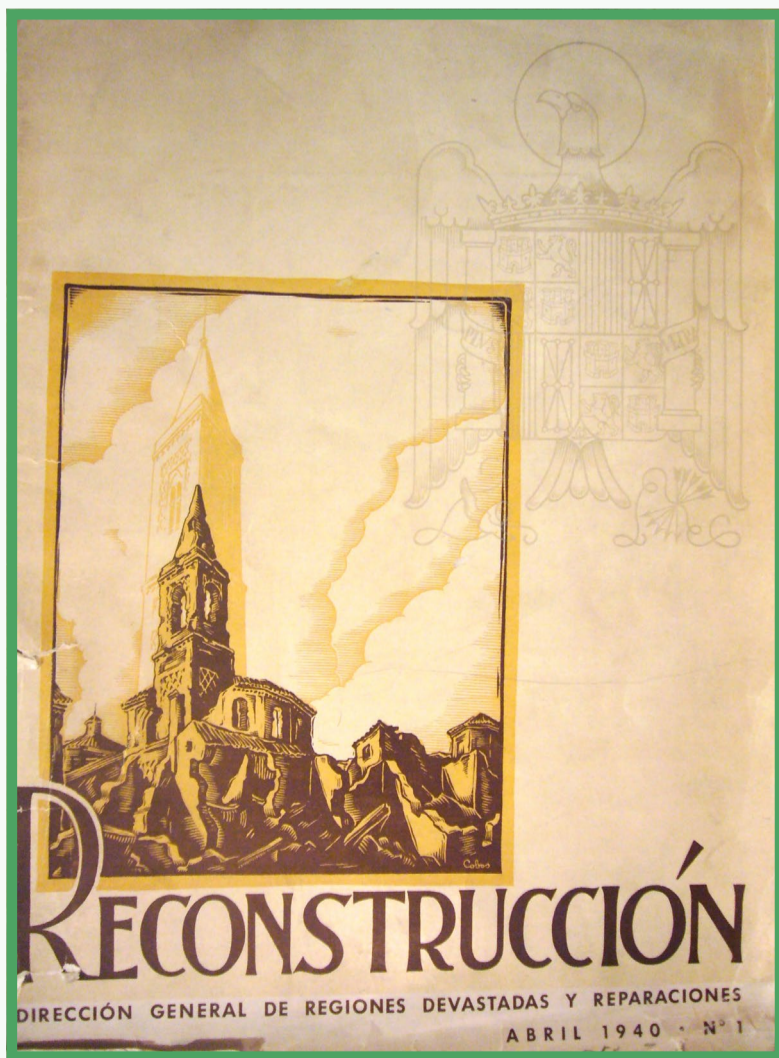


Figura 5. *Reconstrucción*, 1 de abril de 1940, portada.

La política del agua fue, desde muy temprano, uno de los objetivos de la dictadura, pilar de la riqueza agrícola, del confort moderno y de la higiene; pero también, gracias a su fuerza simbólica, señal de renacimiento civilizatorio. Situado en ligera pendiente, el emplazamiento del Pueblo Nuevo respondía a las necesidades del tráfico moderno y se organizaba a partir de un cruce central en el que se encontraban todos los edificios públicos y los comercios: plaza del mercado, ayuntamiento, iglesia, teatro, juzgado, etc. El trazado de las calles era regular y se ordenaba en semicírculos en torno al núcleo central, a imitación de las ciudades de colonización en América.

Hasta mediados de la década de 1960, las conmemoraciones en Belchite no dejaron de crecer, alcanzando su cénit el 6 de septiembre de 1962, año del 25 aniversario de su asedio y destrucción. La Hermandad y el Ayuntamiento, como cada año, organizaron el ritual inalterable de siempre: misa en recuerdo de los héroes, procesión por el Pueblo Viejo hasta llegar a la Cruz de los Caídos y, más tarde, al trujal para pasar por el cementerio y, para terminar, el banquete de los excombatientes. Discursos, himnos, minutos de silencio y coronas de flores llenaron la conmemoración.

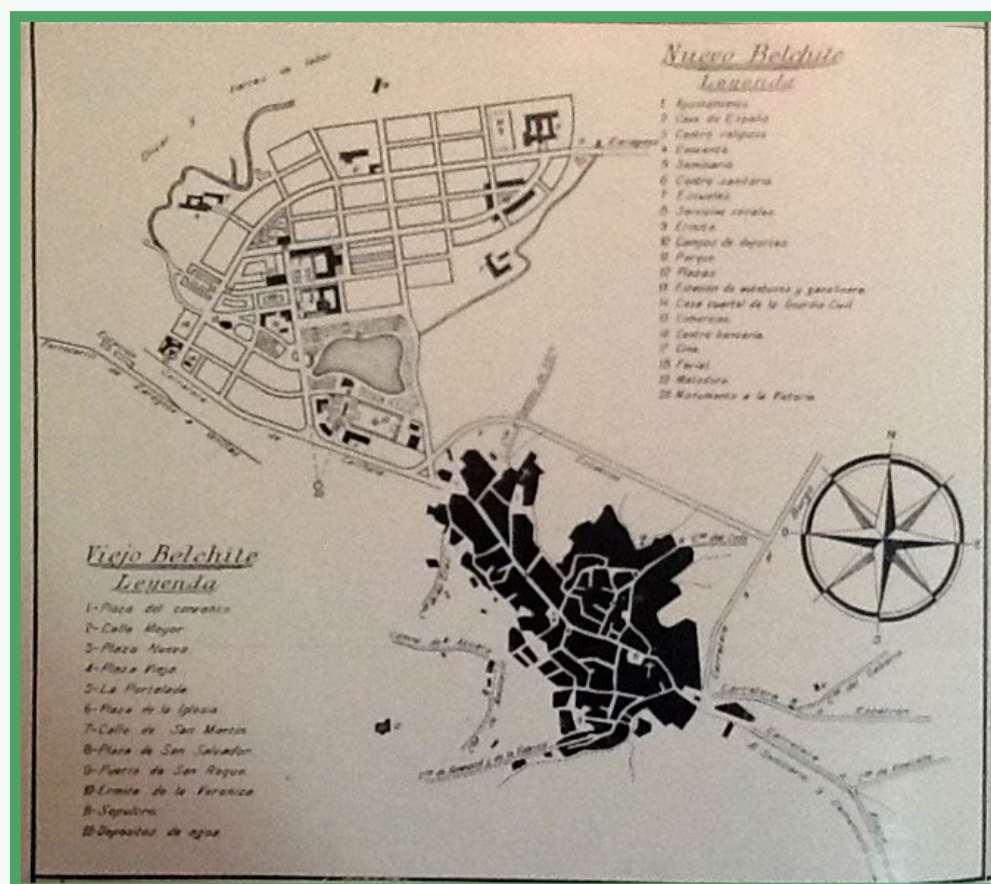


Figura 6. Reconstrucción, 1, abril de 1940, mapa de los dos Belchites.

La celebración de los “25 años de Paz” en 1964 supuso un giro importante, pues se empezó a hablar de prosperidad y de orden social, entendidos estos objetivos como nuevas fuentes de legitimidad del régimen, tan importante ahora como lo fuera la victoria de 1939. El tono de las conmemoraciones cambió definitivamente: el discurso heroico cedía su lugar a un mensaje redentor en el que la guerra aparecía como purificación de pecados que permitía alcanzar un estado de beatitud social y de paz. En este contexto, Belchite ya no era de tanto provecho para la instrumentalización del pasado, y las ceremonias se olvidaron de la localidad, salvo para algunos nostálgicos.

# EL CULTO A LAS RUINAS

2

El vínculo entre la representación de las ruinas y las de la guerra nace a finales del siglo XIX. Durante la Primera Guerra Mundial las ruinas se convirtieron en el símbolo por antonomasia de la guerra moderna. Pero en Belchite, la representación, especialmente la fotografía de las ruinas, reactiva una estética preexistente de la violencia guerrera plasmada en la obra de Francisco de Goya, quien era originario de Fuendetodos, un pueblo cercano a Belchite.

Entre 1810 y 1815, Goya realizó los 80 grabados de *Los desastres de la guerra*. En términos generales, la representación de las guerras napoleónicas, que de manera tan evidente se había impuesto en la primera década del siglo XIX, desapareció momentáneamente de los caballetes para resurgir a comienzos de la década de 1860. En este contexto, el primer centenario de la muerte de Goya, en 1928, tuvo una gran repercusión. La guerra civil dio lugar a un espectacular aumento de las interpretaciones y Goya se convirtió en una referencia obligatoria para las políticas de propaganda en ambos frentes. El acercamiento a Goya parecía inevitable para cualquier artista interesado en la guerra civil, sin que importara su fama o popularidad. La cultura visual de *Los desastres de la guerra* marcó tan profundamente la época que, en muchos sentidos, estaría en el origen de la idea de conservar las ruinas del Belchite destruido.

[Francisco Cidón Navarro](#), por ejemplo, pintor local nacido en Valencia, se entregó al ejercicio de mostrar los horrores bélicos, realizando un álbum titulado *Pueblos*

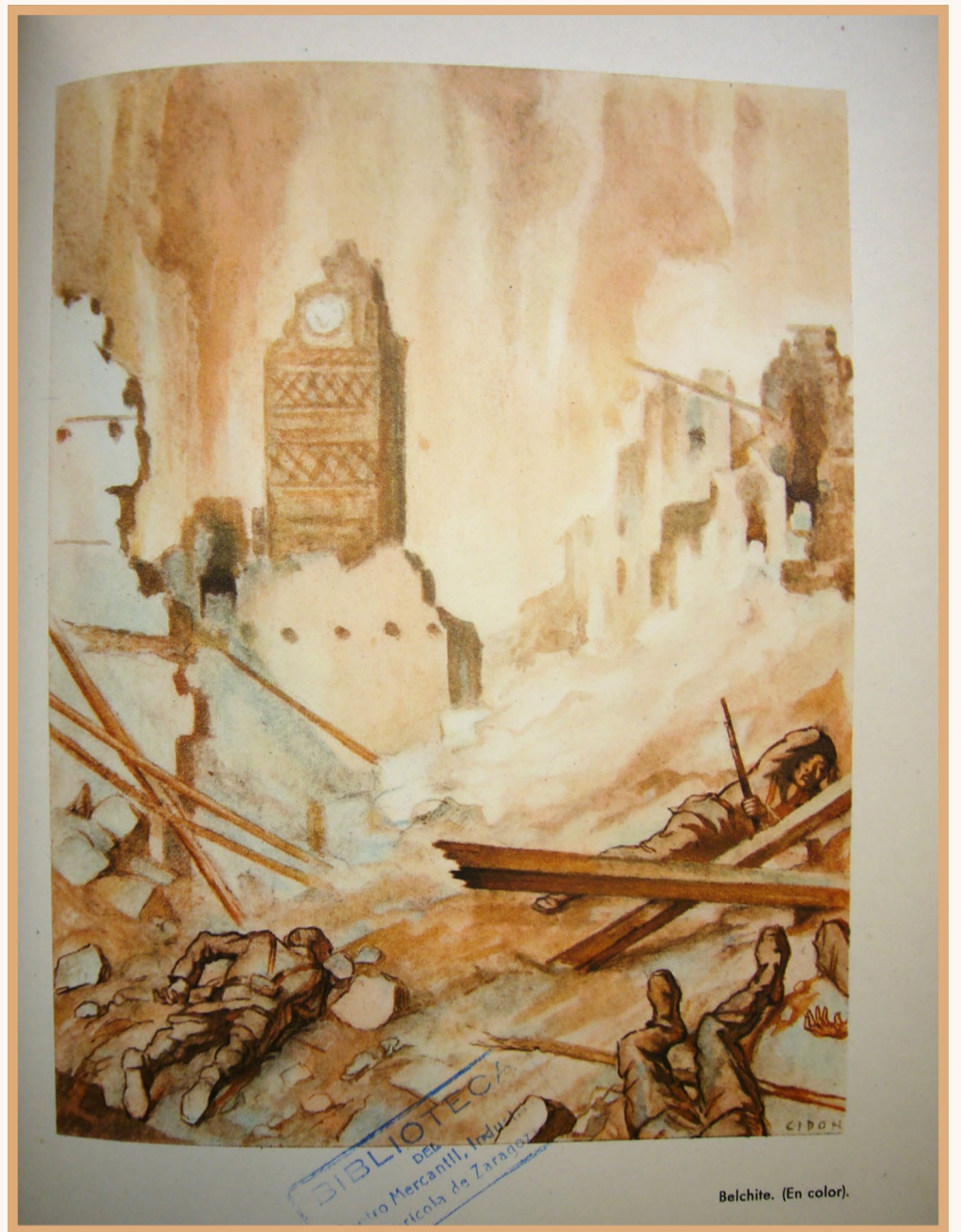


Figura 7. Francisco Cidón Navarro, *Pueblos de Aragón devastados por la guerra*, Bilbao, 1943, p.66.

*de Aragón devastados por la guerra*. Compuesto de 77 dibujos y unas cuantas acuarelas, realizados inmediatamente después de los combates de 1938, Cidón hace referencia explícita a la obra de Goya, como sucede en *Pesadilla trágica*, que retoma el tema del hombre agarrado a un tronco de árbol muerto y, a sus pies, un ser humano asesinado (¿violado?); o también, en *Al alba*, donde retoma la composición del



Figuras 8 y 9. Francisco Cidón Navarro, *Pueblos de Aragón devastados por la guerra*, Bilbao, 1943, p. 78: Belchite.

*Tres de Mayo*, sustituyendo los brazos en cruz por el saludo fascista de la persona que está ante el pelotón de ejecución.

Otra buena muestra de esta “estética de las ruinas” es el conjunto de doce dibujos al carboncillo realizado por [Arturo Reque Meruvia](#), alias Kémer. Desplegó su talento como “reportero gráfico” en el bando sublevado desde 1936 y realizó 184 dibujos, acuarelas y grabados que fueron publicados inmediatamente en *ABC* y en la revista *Fotos*. Kémer llegó a Belchite mucho después de que las tropas franquistas lo hubieran tomado; así que hizo dibujos de lugares vacíos y en ruinas, acompañándolos de comentarios referidos a la “epopeya belchitana”.

Se trata de representaciones artísticas que se insertan deliberadamente en la estela de la tradición pictórica goyesca y recuperan, sistemáticamente, todos los *topoi* de la destrucción, pero en un contexto de guerra; de ahí el contraste continuo por la presencia entre los escombros de piedras caídas, vigas derribadas y los destrozados elementos arquitectónicos que permanecían en pie. El régimen quería que esos elementos todavía no derruidos evocaran el milagro de su resistencia a la caída en medio del desastre.

El franquismo no se resistió a la tentación de hacer espectáculo de las ruinas de guerra, incluso más allá de su final. Encontramos esta misma puesta en escena en una imagen de la revista *Reconstrucción*, rediseñada en abril de 1940 para ilustrar el discurso que había hecho Franco en Belchite dos años atrás: el Caudillo, vestido de militar, es mostrado de pie, arengando a la multitud y dominando un paisaje en ruinas visto desde arriba.

A los pies, se colocan las palabras fundadoras que funcionan como un verdadero conjuro mágico, incansablemente repetido en las notas de prensa conmemorativas: “Os juro que sobre estas ruinas de Belchite

.....  
***El franquismo no se resistió a la tentación de hacer espectáculo de las ruinas de guerra.***  
.....

se edificará una ciudad hermosa y amplia como homenaje a su heroísmo sin par”. Son palabras que, por su posición en la imagen, cumplen la misma función que un pie de estatua, pues se trataba de inmortalizar el momento. Escrita en un estilo directo, se insinuaba que era frase pronunciada por el dictador, como si fuera un bocadillo de los tebeos.

El montaje fotográfico colocaba al Caudillo, en primer plano, junto a una imagen de Belchite en ruinas, vistas por el agujero abierto en el muro por un obús. Frente a ese paisaje depresivo, inhabitado e inhabitable, Franco aparecía como una figura tutelar interpuesta entre las ruinas y el espectador. Franco, en una actitud doctoral, presentaba la escena de destrucción como si se tratara de un cuadro. La interposición del cuerpo del Caudillo evitaba que el espectador tuviera contacto directo con la desolación que inevitablemente evocaba tal panorama. Sus palabras, por otra parte, rebajaban el alcance del desastre y sugerían una próxima reconstrucción.

Franco aparecía como una auténtica figura tutelar en una posición intermediaria entre las ruinas y el espectador, que imitaba la que ocupaban los santos protectores de catástrofes en las representacio-



Figura 10. *Reconstrucción*, 1 de abril de 1940, s. p.



**Figura 11.** La Cruz de los Caídos y la Torre del Reloj, foto personal.

nes tradicionales del Barroco, donde un santo señala con el dedo y abre el horizonte a una salvación posterior. El Caudillo parece flotar delante del hueco en un

muro. La tradición santoral, por otra parte, evocaba la función apotropaica, pues las imágenes mostraban cómo el santo nos preservaba con su presencia de la amenaza. El dedo elevado de Franco no solo es el signo de una elección divina, como en la pintura barroca: constituye también una amenaza lanzada contra los peligros que acechan a la comunidad y, sin duda, anuncia la promesa de su pronta reparación. Además, ese dedo que señala al cielo se confunde con los campanarios mudéjares milagrosamente conservados.

Se trataba de una verdadera santificación de Franco, garante de la promesa de reconstrucción del pueblo. También quería mostrarlo como un constructor de paz y contrario a la guerra. El uniforme de Franco no era el del general victorioso, sino el del soldado dispuesto a proteger a la comunidad. Finalmente, la intercesión del Caudillo y su presencia tranquilizadora permitían contemplar este panorama de desolación sin que el espectador resultara directamente afectado por el sentimiento de desesperanza; y, si no aceptable, lo hacía, al menos, contemplable.

En suma, en la figura de Franco cristalizaban no solo las esperanzas y los miedos de la sociedad española de la posguerra. A través de la recuperación de las representaciones cristianas, se convertía en el agente activo de una reconfiguración de la comunidad nacional en torno a la persona del Caudillo. Esta actitud, que mezclaba miedo y adhesión hacia la persona de Franco, ha sido calificada como sustancial al sentimiento franquista.

**SOBREVIVIR  
ENTRE ESCOMBROS**

**3**



**Figura 12.** Soldado franquista delante del campanario de San Martín de Tours, s. f. Fuente: AGA, F-33-04250-00029-003.

En el transcurso de una entrevista, un testigo de los hechos, visiblemente emocionado, calificó la posguerra de Belchite como “la otra guerra”. La expresión dice mucho de la intensidad con la que se vivió el período y nos autoriza a considerar a los belchitanos, al igual que los demás españoles, como verdaderas víctimas de la posguerra. Así, la memoria obsesiva de la guerra civil operó como una pantalla dispuesta para ocultar otros desastres.

Una vez conquistado Belchite por el ejército republicano el 6 de setiembre de 1937, su población fue completamente evacuada en la retaguardia. Al regresar al pueblo después de la guerra, la población se enfrentó a condiciones de vida extremadamente difíciles. La necesidad de sobrevivir y de restaurar las ruinas se convirtió en algo urgente para los belchitanos, pero estas iniciativas iban en contra de la voluntad del régimen de conservar intactos aquellos despojos. Se dio el caso de que el derrumbamiento de edificios hirió

gravemente a algunos vecinos. En términos contables, puede afirmarse que solo una familia de cada seis vivía en buenas condiciones en 1940. En estas condiciones, la reinstalación de los vecinos, después de meses de ausencia, resultó conflictiva a medida que regresaban al pueblo las personas evacuadas del frente. Para quienes ocupaban una vivienda en el pueblo viejo, se organizó una forma de vida cotidiana entre las ruinas: una de las principales dificultades fue el racionamiento del agua.

En esta economía de penuria que caracterizó a España hasta 1953, fueron constantes la recuperación y venta de materiales de edificios en ruinas. Estos datos dan una idea exacta de la magnitud de la crisis de alojamiento del Belchite de la posguerra.

La construcción de viviendas, que dependía del Instituto Nacional de la Vivienda, fue objeto de todas las atenciones. Se crearon cinco tipos de viviendas, ya que el régimen había previsto cinco tipos de necesidades. Los 693 edificios previstos en los planes de reconstrucción respondían, por tanto, a un concepto jerárquico e inmovilista de la sociedad que replicaba un principio estricto de autoridad. Imponía una fuerte diferenciación social que distorsionaba la estructura social relativamente igualitaria del Belchite de anteguerra.

Una serie de criterios objetivos fijaban las condiciones de adjudicación de los nuevos alojamientos como, por ejemplo, ser vecino de Belchite en 1936. Estas consideraciones de orden práctico estaban, de hecho, sometidas a un segundo orden de prioridades que dependía de un criterio político que privilegiaba a los mutilados de guerra, los excombatientes, los exprisioneros de guerra y los padres de un muerto en combate o de la represión republicana. Aunque se daba prioridad a quienes habían servido a la causa franquista durante la guerra civil, en ocasiones se ignoraron los criterios de adjudicación y se tuvieron en cuenta otras circunstancias como, entre otras, la situación anterior a la guerra, la urgencia de la situación presente, las amistades y vínculos de solidaridad familiar, etc.

Dos factores agravaron el problema del alojamiento en Belchite. Por un lado, el desajuste entre el programa de construcción y las necesidades de los vecinos; y, por otro, el rápido crecimiento demográfico del pueblo, que introdujo una presión continua que se prolongó hasta comienzos de la década de 1960.

Además, los belchitanos tuvieron que padecer la violencia de varias ondas de represión política desde el verano de 1936. Entre julio del 1936 y marzo del 1937, los falangistas ejecutaron a muchas personas, tanto en la plaza principal del pueblo como en el cementerio. Los testimonios no dejan dudas acerca de otras prácticas represivas

cruces, como [el rapado de mujeres](#) o las violaciones. Estas prácticas formaban parte de una política de terror normalizada por el poder militar.

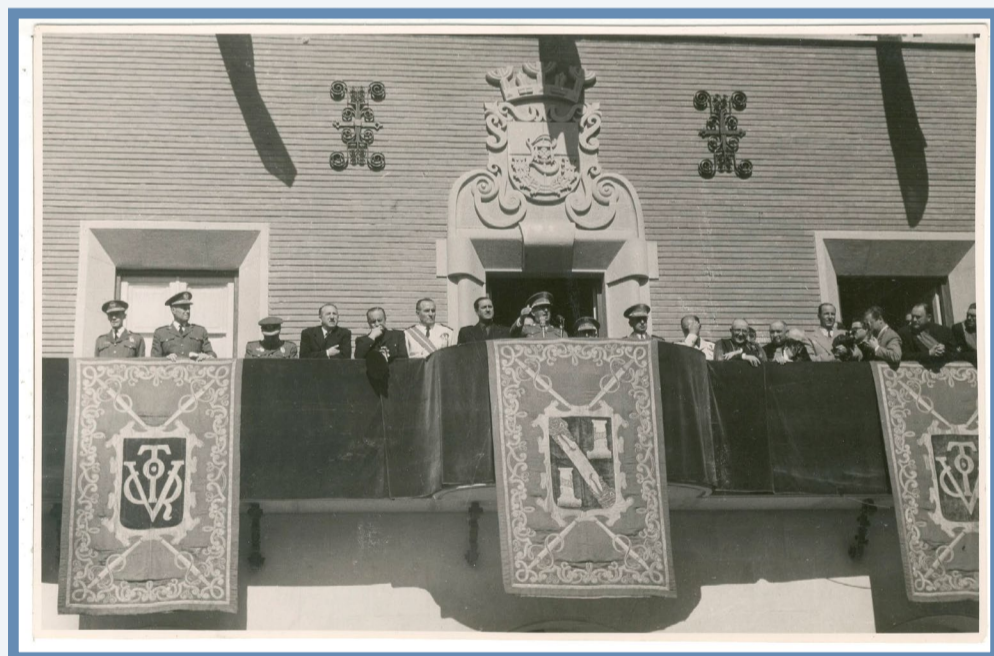
Coexisten en niveles estancados, entonces, distintos discursos victimarios muy diferentes entre sí, según observemos las políticas de memoria franquista o los recuerdos de los vecinos. El primer nivel, que corresponde a la época de la guerra, revela una articulación relativamente coherente entre la narración de la propaganda y los recuerdos individuales o familiares de los belchitanos. En un segundo nivel, ya en la posguerra, se desarrollan tensiones, e incluso contradicciones, entre el relato triunfalista de la reconstrucción y la dura realidad de la vida cotidiana de los vencidos, las más de las veces silenciada. En un tercer nivel, la represión está ausente de los relatos memoriales, lo que nos habla del influjo de la propaganda franquista, tan poderosa que oculta los dramas vividos por la ciudadanía y que fueron silenciados.

Estos niveles de elaboración del discurso se corresponden con distintas y cambiantes formas de reconocimiento social. Una realidad que hace necesario tener

en cuenta la recepción social de tales relatos. De tal suerte que desde la década de 1940 los testimonios de la guerra pasan siempre por la mediación de periodistas y comentaristas ajenos al pueblo; los de la posguerra, en cambio, tienden a ser sacados del espacio público y son relegados al círculo familiar o de máxima confianza. En la década de 1960, el relato de la guerra deja de tener eco social y los recuerdos de las víctimas o de la represión tampoco son bien recibidos. Cada vez hay menos gente dispuesta a escucharlos.

Tras el relativo consenso de la Transición que trató de borrar de manera más o menos consciente cualquier recuerdo hiriente de la guerra y del franquismo, llegaron los cambios de la década de 1990 cuando nuevamente resuenan los testimonios de la guerra y de sus desastres, así como sobre la posguerra y su cohorte de miseria, emigración, represión y caciquismo. Hoy parece estar en boga escuchar el relato de los afectados por la guerra que tiende a colocar todas las memorias, incluidas las contradictorias, bajo la única bandera de un profundo pacifismo.

En el caso de Belchite, además de la guerra, hubo otro evento traumático de notable incidencia: el traslado obligatorio de la población del viejo al nuevo pueblo. El desplazamiento de los ciudadanos no se hizo de manera brutal; de hecho, fue tan largo que la historia de toda una generación de belchitanos está íntimamente unida a ese traslado

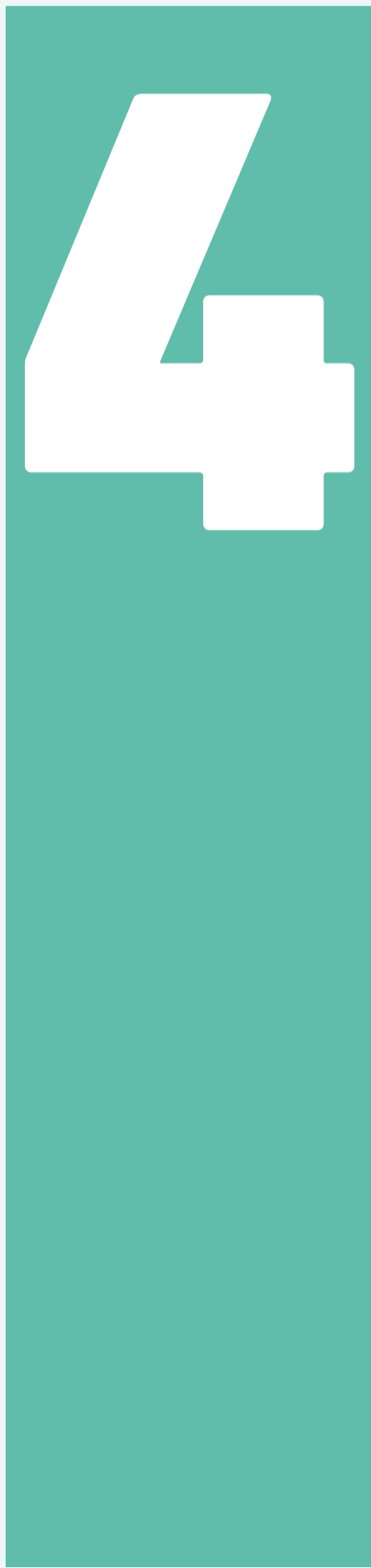


**Figura 13.** Inauguración del Nuevo Belchite. Fuente: AGA, F-33-04253-00015-001 y 003.

de unos cientos de metros que, pese a su radicalidad, no generó demasiada resistencia entre los desplazados. Mientras los ancianos que vivieron la guerra y la reconstrucción se muestran agradecidos y satisfechos por las nuevas condiciones de vida a las que tuvieron acceso, los que nacieron en el pueblo después de la guerra y vivieron el traslado quedaron marcados por la nostalgia y el resentimiento. Lo cierto es que los vecinos no pudieron opinar sobre las condiciones del traslado. Una situación similar se produjo con las evacuaciones de pueblos relacionadas con la construcción de pantanos, como podéis ver en esta guía.

El descontento no derivó en un movimiento de protesta; la ansiedad de los desplazados adoptó la forma de una suerte de nostalgia que se mitigó debido a la activación de la memoria. Los belchitanos comenzaron a coleccionar artículos de prensa, fotos antiguas, objetos diversos y, por ejemplo, convocaron concursos de poesía alusivos a ese pasado todavía reciente. Estas obras relacionadas con la memoria colmaron el vacío tras el abandono del emplazamiento originario del pueblo. Uno puede preguntarse si el traslado no produjo para esta generación un trauma mayor que el provocado por la guerra y del que no se hablaba al quedar sepultado por los relatos oficiales.

# TIERRA DE OLVIDO



La voluntad de erradicar las memorias del adversario que presidiera el régimen dictatorial ha dejado espacios olvidados: los campos de trabajadores forzados, los campamentos temporales construidos para los damnificados, las fosas comunes utilizadas durante los años de represión franquista o el campo de batalla mismo son lugares que merecen mayor atención.

Desde la primavera de 1938 se desató una nueva ola de represión que duraría décadas. En los años 1938-1947, se contabilizaron en la comarca de Belchite hasta 208 fusilados (43 de ellos en Zaragoza). La mitad eran simpatizantes de izquierdas originarios del pueblo; la otra mitad fueron prisioneros republicanos. En relación con la población total de la urbe, la represión habría afectado al 11%, una de las más elevadas de Aragón, si obviamos la más insidiosa represión económica. De las 4.276 expropiaciones económicas llevadas a cabo en Aragón entre enero de 1937 y el final de la guerra, 332 se hicieron en la comarca de Belchite, es decir, un 7,5% del total.

Sabemos que hasta 1941 la utilización conjunta de la población total de detenidos en el campo de prisioneros, cercano a la estación, y en la prisión que estaba en el pueblo fue constante. Pero si los efectivos en el campo no dejaron de aumentar hasta alcanzar su máximo a finales del año 1942, los de la prisión, superiores en los primeros tiempos de la represión, tendie-

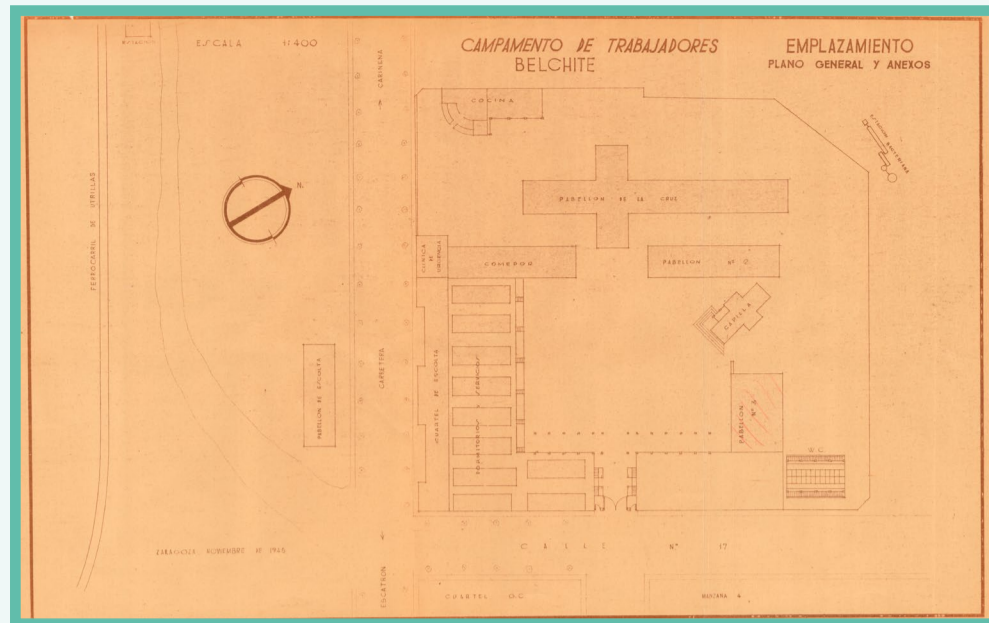


Figura 14. Mapa del campamento de trabajadores, Belchite. Fuente: AGA, Obras Públicas, Regiones devastadas, Correspondencia general, Caja 26/17179.

ron a disminuir hasta no representar más que un tercio del total de la población reclusa en Belchite a finales de 1941.

El campo de trabajo acogió hasta 1.500 presos. La propaganda franquista nunca quiso ocultar la existencia de los campos de detención, siempre justificados por ser instancias de reparación, tal como se argumentaba desde el Patronato de la Merced.

Disponemos, en consecuencia, de la visión idílica que daban los reportajes de prensa y las fotografías. Los testimonios, por supuesto, dicen otra cosa: el régimen disciplinario era riguroso y vejatorio. Su objetivo explícito era tanto el trabajo destinado a expiar un delito imaginado como la reeducación moral de los detenidos. Al margen de los efectos estrictamente represivos, el sistema concentracionario franquista tuvo otra consecuencia que alcanzó de lleno al conjunto de



Figura 15. Vista aérea del campo de trabajadores de Belchite, s. f. Fuente: AGA F-33-04250-00009-002; Vista del campo del Auxilio Social de Falange. Foto personal.



**Figura 16.** El campo de trabajadores de Belchite. Fuente: AGA. F-33-04250-00009-002.



**Figura 17.** Presos políticos en la construcción del nuevo Belchite. Fuente: AGA. F-33-04252-00013-005.

la sociedad española: el mantenimiento de la violencia estructural y preventiva que había presidido el nacimiento del régimen en 1936 y que tocaba al conjunto de la población.

La población flotante constituida por los familiares de los prisioneros era proporcional al número de detenidos en el campo de trabajadores, una población tan numerosa como la de los propios belchitanos, pero estrictamente discriminada por los insultos o las humillaciones cotidianas de las que eran objeto.

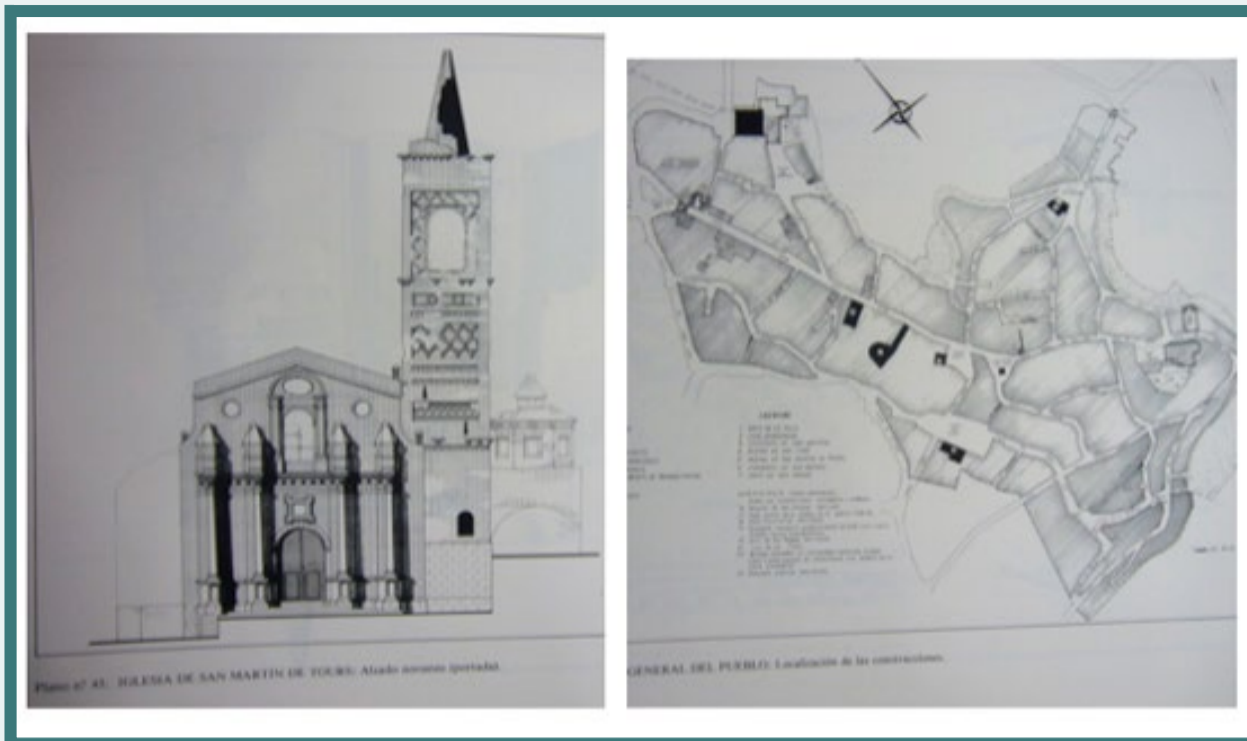
Otro tipo de población discriminada fue la del campo del Auxilio Social de Falange construido en octubre de 1938, situado a un kilómetro más abajo del viejo y del nuevo pueblo. Este conjunto de 62 viviendas edificadas por Falange ofrecía las mismas características urbanísticas que el resto: centralidad del edificio religioso, convertido en único edificio público, y una tipología muy semejante a la del campo de trabajo. Sirvió para alojar los refugiados que procedían de la antigua “zona roja”: en total, fueron 222 personas en 1941. La degradación que padeció este poblado temporal, la pobreza de los materiales de construcción, la ausencia de confort o de servicios mínimos comunes (especialmente, comercios), caracterizaban un campo que condenaba a sus residentes a situaciones de miseria y de abandono.

Estas poblaciones expulsadas del cuerpo social (los detenidos, los forasteros y los refugiados) vivieron en un régimen de represión, redoblado por una economía de miseria cuyos efectos combinados configuraron un potente instrumento de control social. De este modo, el terror creó nuevas jerarquías sociales, nuevas formas de dominación en las que el forastero —el prisionero y su familia— estaba al servicio de la reconstrucción física y moral de los belchitanos. Su invisibilización funcionaba como la pieza clave de una comunidad regida por una estricta ley del silencio.

Hablamos entonces de un régimen basado en la violencia sobre una parte de la población, en el miedo que inspiraba y en la amenaza de una hipotética repetición de la guerra. Se construyó así un consenso obligado que no necesitaba de la reconciliación. Muy al contrario, el régimen sostuvo la violencia para seguir dominando una sociedad atravesada por el miedo y que vivía en unas condiciones de inseguridad estructural.

# TURISMO DE GUERRA Y MEMORIA

5



**Figura 18.** Levantamiento arquitectónico y topográfico de los principales edificios de Belchite por Jesús Baquero Millán, *Inventario del patrimonio arquitectónico del pueblo viejo de Belchite (Zaragoza)*, Zaragoza, Instituto Fernando el Católico, 1988.

La posibilidad de que Belchite renaciera durante los años de la Transición democrática (1975-1996) era improbable. Hasta los años 80, las cuestiones patrimoniales importaban menos que las motivaciones ideológicas. Sin embargo, desde mediados de la década de 1980 renace el interés por el viejo pueblo, cuando Jesús Baquero Millán, arquitecto con formación en Bellas Artes, intenta elaborar un inventario exhaustivo de los edificios del viejo pueblo que aún permanecían en pie. El rasgo más original de este inventario era la defensa del valor artístico del patrimonio belchitano y, en consecuencia, la solicitud de su restauración.

En 1985 se llevaron a cabo trabajos de desescombro y consolidación de las ruinas gracias al acuerdo alcanzado entre el Ayuntamiento y el INEM (Instituto Nacional de Empleo). Todo parecía ser un intento de superar el recuerdo de la guerra promoviendo una visión artística —y, en la misma medida, de consenso por la recuperación del patrimonio mudéjar de siglo xv de algunos edificios— del pueblo viejo, inspirada en la ideología de la reconciliación propia de la Transición.

A comienzos de los noventa, el alcalde del pueblo concibió el proyecto de un Memorial de la Paz en el pueblo viejo. El proyecto se quería también de consenso. En 1997, el Ayuntamiento de Belchite firmó un acuerdo con la Escuela Técnica Superior de Arquitectura de Madrid al objeto de elaborar un trazado preciso del conjunto de las ruinas. En París, el director de la Unesco, Federico Mayor Zaragoza, juzgó “extraordinaria” la idea de convertir Belchite en un “símbolo de

paz”. En aquel momento, parecía que todas estas iniciativas estaban en condiciones de acabar con la indiferencia de las autoridades políticas, pero la Diputación de Zaragoza no sabía qué hacer con esas ruinas. El proyecto no concitó la unanimidad porque existían dos cuestiones que dividían a la opinión pública. Por un lado, había un debate sobre la pertinencia de restaurar las ruinas en vez de capacitar el pueblo nuevo de equipamientos modernos y, por otro, su presentación como símbolo de la paz tampoco tuvo una buena acogida, dado que se iba a convertir en símbolo de la reconciliación unas ruinas de las que se habían apropiado ya los vencedores del conflicto.

El valor artístico de la Torre del Reloj condujo a la primera restauración desde la primavera de 2002. El fracaso del proyecto de Memorial de la Paz de Belchite fue, por tanto, manifiesto: la potencia del mito franquista parecía vincular Belchite de manera irremediable con un modo de resistencia que había convertido la epopeya del asedio en una de



**Figura 19.** Restauraciones de la Puerta de San Roque en 2014. Foto personal.



**Figura 20.** La Puerta de la Villa en 1940. AGA, F-33-04267-00011-001.

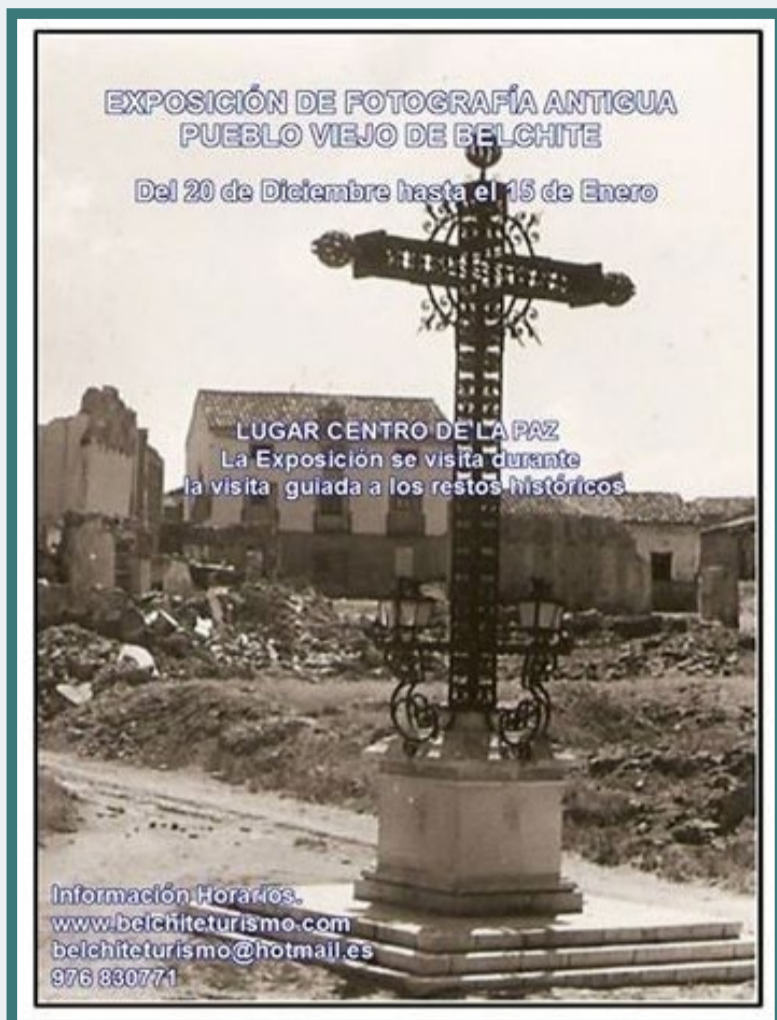
las claves interpretativas de la guerra civil. La propuesta era paradójica: ¿cómo podía plantearse que un lugar franquista de memoria pudiera ser un espacio de reconciliación en tiempos democráticos? Quienes habían ejercido el derecho de memoria durante el franquismo pretendían redimirse fingiendo abrazar valores más acordes con la nueva democracia; pero es que, además, se evitaba cuestionar un régimen de memoria que excluía a una parte no desdeñable de la sociedad. El ejemplo de Belchite ilustra las grandes dificultades que tuvieron las autoridades democráticas españolas para erigir monumentos “de la reconciliación” que rindieran homenaje a todas las víctimas de la contienda civil en lugares que habían sido destinados previamente a conmemorar la victoria franquista, así como el Valle de los Caídos.

La mirada sobre las ruinas ha evolucionado tardíamente. El tiempo había convertido unas ruinas carbonizadas en vestigios antiguos y dignos de interés como testimonio auténtico de la guerra civil. Se empezó a considerar el pueblo como un conjunto indiferenciado de edificaciones que habían sufrido daños bélicos. En una época en la que las ruinas de la guerra civil se hacen cada vez más raras, Belchite pasa a ser considerado un ejemplo de destrucción. Pero no quedaba resuelta la contradicción entre la visión de la Torre del Reloj o el Campanario de San Martín como una construcción de ladrillo típica

del estilo mudéjar y la que no considera en esos mismos edificios más que los impactos de balas y obuses. Para la primera visión, la guerra solo era otro agente de la destrucción como cualquier otro; para la segunda, la marca de guerra es lo que daba al edificio un verdadero interés. El Memorial de la Paz imaginado en la década de 1980 intentaría, en fin, resolver esta tensión sin escoger entre las dos miradas contradictorias. Y eso quizás explique su fracaso.

De manera general, la democracia española siguió sin hacerse cargo de qué hacer con el pasado, dejando de lado el deseo creciente de justicia a partir de los años 2000, parcialmente truncada debido a la conocida amnistía general en 1977. Así, la paz que se construyó durante los años de la Transición fue, según la feliz expresión de Manuel Reyes Mate, una “reconciliación extorsionada” que intentaba presentar un amable retrato de familia en el que víctimas y verdugos aparecían juntos. Tampoco era obstáculo menor para esa reconciliación la convicción de que eran muchos los que opinaban que el régimen democrático no había consumado una verdadera ruptura simbólica con la dictadura.

En 2007, se celebró en Belchite un congreso conmemorativo del 70 aniversario de la batalla titulado “Guerra, memoria y futuro”, organizado por la asociación Belchite por la Paz. Este mismo año se adoptó un plan director de restauración promovido por la Diputación General de Aragón. La DGA acometió, en 2008, la restauración de la Puerta de la Villa y, en 2011, la de la Puerta de San Roque. En esta época, la recuperación de la política de patrimonialización de ruinas en España benefició el crecimiento del turismo de guerra: en 2014, la cifra elevó



**Figura 21.** Cartel de la exposición fotográfica organizada por la oficina de turismo de Belchite. Fuente: [www.belchiteturismo.com](http://www.belchiteturismo.com)

a 13.864 el número de visitantes. Hoy en día, la cifra ya alcanza los 40.000 turistas al año.

El proyecto de patrimonialización de Belchite se apoyaba entonces en el programa Amarga Memoria, bajo la autoridad del gobierno autonómico. Desde el año 2011, el Ayuntamiento de Belchite ha comprendido las ventajas que podían derivarse de ese desarrollo turístico (visitas guiadas, exposición, página web, etc.). En cierto sentido, esta política de turistificación de la guerra implica un esfuerzo por despolitizar y recontextualizar Belchite y, tanto en la forma como en el fondo, aspira a favorecer la cultura de la reconciliación tan del gusto de los gobiernos de la Transición. La mayoría de los vecinos es contraria: la presencia de las ruinas pesa muchísimo y nadie quiere reavivar querellas del pasado.

En efecto, en Belchite, el pueblo viejo es también un inmenso cementerio cuyo valor sagrado resulta crucial para las gentes del pueblo; de tal suerte que cualquier tipo de acondicionamiento podría ser visto como una especie de profanación. De ahí que las políticas de desarrollo tengan límites infranqueables, dado que siguen concentrándose fundamentalmente en las ruinas del viejo pueblo, un lugar donde pesa mucho el marco conceptual definido por la dictadura y que, por otra parte, tampoco toma en consideración la totalidad del lugar (campo de batalla, campo de trabajo, barracones de refugiados, fosas comunes de los represaliados, etc.) sin quisiera ofrecer una narración más equilibrada de los hechos y recuerdos compartidos.

# PSICOFONÍAS Y FANTASMAS

A large, bold, white number '6' is centered within a solid red rectangular background. The number is stylized with a thick stroke and a circular base.



**Figura 22.** Excavaciones arqueológicas de las fosas comunes del cementerio de Belchite, Fotos personales.

Las circunstancias en las que se libraron las batallas de Belchite en 1937-1938 afectaron el modo de enterrar de los Belchitanos y sus defensores militares. Se habla de entre 1.700 y 2.000 personas. Los propios asediados cavaron fosas comunes que, a fecha de hoy, no se han reabierto; numerosos cuerpos encontrados en el mismo suelo fueron incinerados; los cuerpos fueron apilados entre capas de cal viva en unos trujales del pueblo. Además, las conquistas y reconquistas del pueblo, tanto por un bando como por el otro, dieron lugar a olas de represión y movimiento de cadáveres en el vecino pueblo de Codo y también en el cementerio o en el seminario.

Tras la conquista definitiva de Belchite por las tropas rebeldes, algunas de las familias de los soldados franquistas muertos no tardaron en comenzar a buscar sus restos y, cuando eran identificados, se trasladaron al cementerio. Estos rituales funerarios individuales se enfrentaban a la voluntad del régimen de hacer monumentos y osarios colectivos para los *caídos*; así que las autoridades públicas intervinieron allí donde las muertes fueron masivas y donde la identificación de cadáveres era imposible.

En los años posteriores, la caída en desgracia de las políticas de memoria rompió ese equilibrio a favor de la apropiación individual y familiar de los muertos; no es menos cierto, sin embargo, que el régimen franquista supo instaurar una relación con las familias de vencedores que se fundaba en el espíritu de sacrificio y en una exaltación del dolor que se correspondía bien



**Figura 23.** El *Heraldo de Aragón* informa sobre las psicofonías en Belchite

con las expectativas culturales y religiosas de la población.

No tardaría mucho el régimen franquista en codificar el uso social y político de los lugares de enterramiento colectivo, siempre a la espera de su traslado al mausoleo nacional bautizado como Valle de los Caídos y cuya creación fue ordenada por decreto el 1 de abril de 1940. Si el régimen franquista elaboró una política ambiciosa que buscaba reunir a todos los caídos en un único mausoleo nacional, jamás se preocupó por el tratamiento que había que dispensar a los muertos del bando republicano. Este olvido voluntario tenía por objetivo la *damnatio memoriae*, esto es, la condena a un olvido *post mortem*.

Semejante política con los muertos hacía imposible la identificación de otras fosas comunes en los alrededores del pueblo, tanto de los soldados republicanos fallecidos en la batalla de Belchite como de las víctimas de la represión franquista. En Belchite, como en muchísimas otras localidades españolas, reinó una discriminación total con el tratamiento de los muertos; y aunque muchos de los restos quedaron dispersados y sin ningún derecho a sepultura o ritual de enterramiento, esta *damnatio memoriae* no pudo impedir que las familias de los vencidos llevaran un duelo interiorizado, sordo y difuso al mismo tiempo. Desde comienzos de la década de 2000, la manifestación más espectacular de este duelo acallado se concretó en las exhumaciones de las víctimas de la represión, de las que tenéis más información en esta [guía sobre el cementerio de La Carcavilla en Palencia](#). En Belchite, por ejemplo, se han exhumado desde 2021 las dos fosas comunes de represaliados republicanos en el cementerio principal,



**Figura 24.** National Geographic sugiere viajar a Belchite por algunos atractivos, incluidos sus fantasmas y psicofonías.

en las que se encontraron un total de 155 personas. Pero el misterio vinculado con la desaparición de muchas de las víctimas de la guerra civil sigue intacto.

Desde mediados de la década de 1980, se asiste en Belchite a la emergencia de fenómenos paranormales denominados “psicofonías”. Se trata de registrar por azar y más bien de noche lo que se interpretó como sonidos de guerra: palabras, cantos, ruidos de motores de aviones, explosiones, ráfagas de metralletas, etc. Desde comienzos de la década de 2000, la proliferación de páginas web dedicadas a la caza de fantasmas en Belchite resulta considerable. Se trata de manifestaciones sobrenaturales que cabe comparar con las experiencias visionarias públicas del siglo XIX como, por ejemplo, apariciones de la Virgen.

No hay constancia de tales fenómenos en el Belchite de la posguerra, dada la preeminencia de la Iglesia en todas las conmemoraciones de muertos. Pero la rápi-

da secularización de la sociedad española desde la década de 1970 probablemente favorece la aparición de fantasmas en Belchite a partir de 1985.

El “regreso de los muertos desaparecidos” pone de relieve la confluencia de dos fenómenos muy distintos durante la década de 2000: por un lado, la aparición de una lectura posmoderna de la guerra civil en la que el héroe de guerra, en cuanto sujeto central del conflicto, ha cedido su lugar a la víctima de guerra, sujeto paciente de una batalla protagonizada por otros. A partir de entonces se sitúa la violencia de masas contra los civiles en el núcleo central del acontecimiento, privando así al conflicto de toda la dimensión ideológica. De otro lado, la aparición de los fantasmas de Belchite traduce un momento de transición —e, incluso, de tensión— entre la proliferación de las exhumaciones de las víctimas republicanas que denunciaba la represión franquista y el mito del patriotismo forjado e impuesto por la dictadura. La relación con los fantasmas habla de una presencia del pasado, pero también de repercusiones de naturaleza más individual y más conectada a la condición de afectado directo. Así, la proliferación de fenómenos paranormales nos remite a una visión de la guerra limitada al ámbito de lo privado, más individual que social, y por tanto limitada a los ámbitos de lo particular e íntimo.

En Belchite, existe una cohorte importante de “mal enterrados”, ya sean los represaliados por el franquismo, las víctimas de la guerra, los parientes muertos lejos del pueblo o los soldados enterrados en Belchite pero provenientes de otros emplazamientos geográficos. Las familias que tenían un pariente “mal enterrado” intentaron restablecer una relación que les habían prohibido exteriorizar más allá del ámbito estrictamente doméstico, constituyendo un régimen de duelo singular fuera de los marcos impuestos por la dictadura. Y es que es verdad que en España se ha consolidado un régimen memorial típicamente dual.

Desde este punto de vista, entre la interpretación heroica del franquismo o el trasnochado mito democrático de la reconciliación y el discurso multiforme de victimización propagado por los individuos y las familias, se abrió un espacio vacío que solo la creencia irracional en un “regreso de los muertos” parece poder salvar. La aparición de entidades que “toman la palabra” sobreviene allí donde reina el silencio.

# OTROS EJEMPLOS

# 1. RUINAS POR DOQUIER

No hay memorial conmemorativo que no prevea conservar, al menos parcialmente, las huellas de los “desastres” de la guerra civil. El santuario de Santa María de la Cabeza, cerca de Jaén, permaneció en ruinas muchos años. En el caso del Cuartel de la Montaña de Madrid se dejaron en pie las ruinas y, sobre ellas, se levantó un altar en el aniversario de su asedio. Se pensó en un proyecto similar para el Seminario de Teruel.

También se conservaron las ruinas del madrileño Cerro de los Ángeles. El monumento dedicado a Cristo-Rey, inaugurado por Alfonso XIII en 1919, había sido dinamitado por las tropas republicanas. El monumento pasó a ser símbolo de la represión perpetrada por los “Sin-Dios” y, desde su reconquista, fue escenario de numerosas ceremonias político-religiosas que tenían como elemento central la cabeza decapitada de Cristo-Rey. De hecho, a partir de 1944, la reconstrucción del santuario dio lugar a un proyecto ambicioso de reconstrucción *in situ* del monumento dañado que obligó a desplazar las ruinas que quedaban en el otro extremo de la explanada que dominaba el acceso al santuario.

El cuartel de Simancas de Gijón sirvió de marco a otro episodio heroico de resistencia del ejército nacional. En septiembre de 1939, Franco visitó el amasijo de ruinas en que se había convertido el antiguo colegio de los jesuitas. En Segovia, se conservaron los restos de la iglesia del Convento de San Agustín para acoger el memorial dedicado a los “caídos”, inaugurado el 11 de febrero de 1951, aunque en este caso la iglesia ya había sido destruida durante la desamortización en el siglo XIX.

En la primavera de 1939, la Ciudad Universitaria ya era centro de debates sobre la oportunidad de dejar intacto el principal campo de batalla de Madrid, pero fue zanjado por el Caudillo el 25 de abril de 1939. Aun así, el plan para la reconstrucción de la Ciudad Universitaria de 1942 estipulaba la voluntad de conservar las ruinas, como se recomendó en las sesiones de la Comisión Permanente de la Junta Constructora de la Ciudad Universitaria.

También abundaron las escenografías de ruinas en el Patio de Carlos V de Toledo en el Alcázar, una de cuyas cortinas había sido completamente destruida durante el asedio republicano. Se elevaba allí un monumento a los caídos, a cuyos pies los veteranos se hacían fotografiar. Franco presidió una ceremonia al día siguiente de la “liberación” de la ciudadela, el 29 de septiembre de 1936. Después de la guerra, se planteó el proyecto de conservar el Alcázar en ruinas. En febrero de 1937, el Alcázar fue declarado en estado de ruina y no faltaron los partidarios de su conservación en tal estado. Pero, el 9 de marzo de 1940, un decreto declaró a Toledo “ciudad monumental”, lo que, *de facto*, implicaba una reconstrucción exacta de los edificios históricos dañados. Los trabajos se prolongaron en los exteriores hasta 1965.

Esta escenografía de la ruina afectó a edificios que nada tenían que ver con la guerra, como lo prueba el uso que se hizo del Monasterio de San Agustín (Segovia). Lo mismo sucedió con la Puerta del Carmen de Zaragoza, que, después de la guerra, se convirtió en monumento a los “caídos”. Al contrario, fueron destruidos los edificios en ruinas que, como sucedía en Teruel o en Madrid, no cumplían con la función político-religiosa que les asignaba el régimen. Es más, la consideración de “ruinas gloriosas” no solo no afectó a todos los edificios dañados por la guerra, sino que fue capaz de crear ruinas *ex nihilo*.



**Figura 25.** Ruinas: el Alcázar de Toledo, el Seminario de Teruel (modelo de yeso), el Cerro de los Ángeles, la Casa de Velázquez (Ciudad Universitaria de Madrid).

## **2. LEYENDA Y MEMORIA EN BELCHITE**

---



Figuras 26 y 27. Un sueño de piedra. Calles del nuevo Belchite. Fuente: AGA.

La imagen del momento fundador de la vida del pueblo, recreada *a posteriori*, era un reflejo del recuerdo del discurso de Franco, rememorado hasta nuestros días. En efecto, varios interlocutores que fueron testigos indirectos de la “liberación” de Belchite aseguran que, durante su intervención, el Caudillo propuso al pueblo la siguiente alternativa: “¿Agua o pueblo?”. O, dicho de otra manera, les propuso que eligieran entre el riego de las tierras secas de Belchite o la reconstrucción de su pueblo. “¡Pueblo!”, habría respondido una voz que, dependiendo de las versiones, sería la del alcalde o la de La Domi (Doménica Fausto Checa), una de las figuras más destacadas de Belchite.

Todo apunta a que se trata de una leyenda, pues difícilmente Franco habría podido dirigirse a los habitantes de Belchite cuando estos habían sido desalojados del pueblo por los republicanos. Pero, sobre todo, la alternativa apenas es creíble: en un caso, el agua habría permitido la prosperidad de un pueblo aún en ruinas; y, en el otro, se habrían reconstruido casas en un

pueblo abocado a la miseria por falta de agua. Por otro lado, el discurso del 12 de marzo de 1938 no plantea esta alternativa, ni tampoco está presente en los escritos de los planificadores de la reconstrucción, para quienes el suministro de agua era la condición *sine qua non* para el renacimiento del pueblo. Hay que reconocer que la alternativa que supuestamente Franco habría planteado a los habitantes era verdaderamente absurda.

¿Por qué, entonces, los vecinos conservaron hasta hoy una anécdota tan contraria a lo que el régimen trataba de promover? ¿Qué sentido tiene esta leyenda tenaz? Pareciera que el discurso de Franco, aparentemente generoso en su formulación, habría sido interpretado por parte de las gentes del pueblo como una proposición tan ambigua como perversa. La anécdota quizás nos deja ver cierta desconfianza de la población de Belchite sobre las decisiones relacionadas con su reconstrucción; y muy particularmente sobre su desplazamiento, asunto sobre el que jamás fueron consultados. Así, el “sueño de piedra” de Franco podía muy bien no ser tan beneficioso a juicio de los belchitanos.

# **3. EL ORDEN URBANO DEL NUEVO BELCHITE**

La DGRD no renunció a la construcción monumental de un casco urbano sobredimensionado. Se tuvo muy en cuenta el valor de ejemplaridad del pueblo, así que la idea política que estuvo detrás de su edificación fue reaccionaria y autoritaria. Se distinguían tres espacios: cívico, religioso y público. La concepción del espacio que muestra es obvia: preeminencia de un poder político estructurado en torno a las instituciones del Estado, "catolización" de la vida pública, encuadramiento de la sociedad civil por Falange e importancia del recuerdo para dar sentido al todo. Imitando a Salamanca, la DGRD elevaba una plaza mayor, aprovechando este espacio para manifestaciones multitudinarias acordes al régimen.

El efecto nacionalizador de estas decisiones queda reflejado en la arquitectura de los edificios públicos si-



**Fig. 28.** Ayuntamiento de Belchite y columna recordatoria (accidentalmente derrocada en 2014 y reinaugurada en 2016 con nuevo pedestal). Foto personal.

tuados en torno a la plaza: el ayuntamiento imitaba el estilo herreriano, mientras que la iglesia de San Martín de Tours (1949) seguía, en su primera versión, un estilo neorromano. En el caso de los edificios privados, el estilo arquitectónico escogido pretendía una reinterpretación moderna del estilo regional aragonés. Se prefería el ladrillo, que recordaba al arte mudéjar típico del campo aragonés. El estilo arquitectónico expresaba, perfectamente, la concepción, a un tiempo, imperial y folclórica que dominaba la obra de reconstrucción.

No es casualidad que el primer edificio construido fuera el cuartel de la Guardia Civil, núcleo de la política de orden y represión. Hubo que esperar al 6 de febrero de 1940 para que la promesa de reconstrucción arrancara. Estado y Ayuntamiento asumirían la tarea conjuntamente, todo ello sin tener en cuenta la deplorable situación de las finanzas locales. Por su parte, la DGRD llevó las obras de construcción con una cierta eficacia hasta 1943. A partir de 1945, sin embargo, el ritmo se ralentizó sensiblemente. En abril de 1945, un documento del Ayuntamiento certificaba que el 75% de la población seguía viviendo en el pueblo viejo destruido. En total, la reconstrucción tardó 23 años.

La política de autarquía y el dirigismo económico que caracterizó a la economía española hasta 1953 pesó mucho sobre las condiciones de la reconstrucción. El caos económico en el que el franquismo sumió al país fue un fracaso que se vio aumentado por la inflación y el auge de la corrupción y el mercado negro, que el gobierno tardaría trece años en atajar. En Belchite, la falta de mano de obra quedó resuelta con la construcción de un campo de trabajo forzoso. La falta de materiales también resultaba alarmante, de tal suerte que se aplicaron confiscaciones obligatorias. Sin embargo, la corrupción, los robos y la venta de materiales a particulares agravaron, de forma sensible, los efectos de la deplorable gestión económica de la reconstrucción. Una última fuente de dificultades provenía de la multiplicación de instituciones encargadas de la reconstrucción.

Así que los "logros" del franquismo no eran para todos: gran parte de los belchitanos habían sido ejecutados y otros, huyendo de la miseria y la represión, habían emigrado. De hecho, ni siquiera la construcción del pueblo nuevo pudo frenar la despoblación del campo aragonés.

**INICIA TU PROPIO  
PROYECTO**

Busca huellas de la guerra civil y del franquismo en tu propio entorno. ¡Ya verás! Son muchas, las hay por todos lados... El pasado aflora en nuestro presente, aunque no lo veamos siempre. La guerra civil y el franquismo dejaron muchas huellas que caracterizan el paisaje. De la guerra civil quedan, por ejemplo, ruinas como las que hemos visto en esta guía, pero también búnkeres, refugios, trincheras, campos de batalla, instalaciones militares y civiles, cementerios militares, impactos de combate en las fachadas, etc. Y, por supuesto, las fosas comunes de la represión sobre civiles republicanos que se están exhumando en los últimos veinticinco años.

Del franquismo quedan vestigios de campos de concentración ([pinchad aquí para un mapa de campos](#)), prisiones, cunetas, pueblos de colonización (como el Belchite Nuevo), etcétera. Además, las políticas de memoria del franquismo fueron muy incisivas y trataron de plasmar su versión de la historia en diferentes formatos. Entre los símbolos del franquismo podéis encontrar monumentos conmemorativos (como el Valle de Cuelgamuros o el Arco de Triunfo de Madrid); estatuas, panteones de honor; nombres de pueblos, calles y avenidas; placas de caídos por Dios y por España en las iglesias; cruces y monumentos a los Caídos; edificios reconstruidos, etc. Aunque las leyes de la memoria en 2007 y 2022 prohíben el mantenimiento de las huellas de la dictadura por respeto a sus víctimas, no faltan rasgos de su larga presencia.

El ejercicio que os propongo es tratar de entender cuáles son los valores, positivos o negativos, que se proyectan en estos restos de la guerra y el franquismo y en qué medida son considerados como incómodos (o *disonantes*) en la actualidad. Para ello, cada uno de vosotros elegirá un vestigio que esté en vuestro entorno cercano, si esto es posible. Podéis preguntar a vuestros mayores, a vuestro profesor o profesora, o hacer búsquedas en Internet y redes sociales. Una vez localizado el vestigio que os interesa investigar, archi-

vad de manera ordenada todas las imágenes, vídeos y documentación que podáis encontrar. Si lo tenéis muy cerca, vosotros mismos podéis documentarlo con vuestros móviles. En ocasiones hay documentos en los archivos municipales o provinciales. Las entrevistas a familiares y vecinos os aportarán seguramente versiones diferentes sobre estos vestigios. Comparto con vosotros un protocolo de entrevistas que os puede ser útil.

Aunque un vestigio os parezca insignificante, todos ellos, pequeños o monumentales, tienen una historia detrás. Y es más, todos ellos han cambiado su significado con el paso de los años. Os recomiendo que visitéis la [página web del proyecto \*Contested Histories\*](#) para que veáis el tipo de investigación que se puede hacer sobre vestigios disonantes o fuera de época. En esta web hay más de quinientos estudios de caso, así que ¡tenéis dónde elegir!

También os avanzo algunas preguntas que podéis haceros, aunque su relevancia depende del tipo de vestigio que elijáis: ¿Quién o quiénes tomaron las decisiones para que se construyeran, preservaran o instalaran? ¿Quién lo financió? ¿Hubo inauguración, y, si la hubo, quién participó, qué discursos se dieron y qué ceremonias se celebraron? ¿Hay noticias en la prensa? ¿Quién y cómo lo ha gestionado? ¿Qué usos tuvo durante el franquismo y después en democracia? ¿Se tapa una vez desapareció el régimen franquista? ¿Se enaltece todavía? ¿Se ha vandalizado en los últimos años (cómo y cuándo)? ¿Se ha retirado del espacio público? ¿Se traslada a un museo? ¿Se neutraliza quitando los símbolos que lleva?

Los resultados de vuestra investigación pueden plasmarse en muy diversos formatos. Los que seáis más clásicos podéis hacer un informe parecido a los que hay en la web de *Contested Histories*. Pero también podéis por ejemplo hacer *powerpoint* o un vídeo de cinco minutos con vuestro móvil, contando la historia y vicisitudes de los vestigios elegidos. O quizá utilizar un formato de TikTok. O una representación teatral. Consultadlo antes con vuestros profesores para que os orienten sobre cómo usar estos u otros formatos.

Al acabar el ejercicio, no olvidéis poner en común todos los trabajos, cada uno en el formato que haya elegido, y debatidlos entre vosotros.

¡Conviértete en detective por unos días y ponte a la busca de estas huellas del pasado!

CONSE

JOS

CONSE



**PASEA POR TU MUNICIPIO** buscando con nueva mirada lo que se podría considerar como huellas de la guerra civil y o del franquismo. Saca fotografías y redacta una ficha descriptiva de cada uno de estos lugares. Pon especial atención a los monumentos conmemorativos, las estelas, las lápidas, las placas y los rótulos de todo tipo. No te olvides de los cementerios.

**BUSCA EN GUÍAS TURÍSTICAS Y MAPAS** de la época si estaban ya. En las guías del patrimonio de tu localidad, en los libros de historia y en la web, recoge información básica: ¿En qué época fue construido? ¿Por quién? ¿Para qué se utilizaba en tiempos de guerra o de dictadura? ¿A qué tipo de evento se refiere?



Puedes **CONSULTAR DOCUMENTOS DE LA ÉPOCA**: las hemerotecas digitales contienen, por ejemplo, los periódicos de la localidad. En el archivo histórico puede haber también muchos documentos.

**PREGUNTA A TUS ABUELOS Y TU ENTORNO** si conocen estos lugares. ¿Qué les parecen? ¿Les recuerda algo de la época? ¿Cómo lo consideran, positiva o negativamente? ¿Por qué?



**OBSERVA** si estos rasgos recibieron tratamiento especial: ¿Quedan resaltados, ocultos, desplazados, ignorados? Y tú ¿qué propondrías que se hiciera con ellos? ¿Y por qué?

**RECUR  
SOS**



## ONLINE

1. Belchite, memoria y paz (*La aventura del saber*): <https://www.rtve.es/play/videos/la-aventura-del-saber/belchite-memoria-paz/16578016/>
2. Belchite pide auxilio: <https://www.rtve.es/play/videos/telediario-2/belchite-pueblo-aragones-ruinas-pi-de-auxilio-para-sobrevivir/16408700/>
3. RNE Aragón (audio): <https://www.rtve.es/play/audios/aragon-informativos/informativo-aragon-19-50-15-01-2025/16415068/>
4. Belchite a vuelo de dron: <https://www.youtube.com/watch?v=y02ck0lr7nQ>
5. Visita al pueblo viejo de Belchite: <https://www.youtube.com/watch?v=qc3FPrzl-II>
6. Exhumaciones en Belchite: <https://www.youtube.com/watch?v=L0L5Lg2-Syg>

## BIBLIOGRAFÍA

1. ALCALDE, Ángel, «La "gesta heroica" de Belchite: construcción y pervivencia de un mito bélico (1937-2007)», *Ayer*, 80/4, 2000, pp. 193-214.
2. BOX, Zira, *España, año zero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza, 2010.
3. CINCA YAGO, Jaime, ALLÁNEGUI, Guillermo, ARCHILLA NAVARRO, Ángel, *El viejo Belchite. La agonía de un pueblo*, Zaragoza, Gobierno de Aragón / Departamento de Educación y Deporte, 2008.
4. FORCADELL, Carlos, SABIO, Alberto (dir.), *Paisajes para después de una guerra. El Aragón devastado y la reconstrucción bajo el franquismo*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2008
5. LEDESMA, José Luis, *Los días de llamas de la revolución. Violencia y política en la retaguardia republicana de Zaragoza durante la guerra civil*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2003.
6. MICHONNEAU, Stéphane, *Belchite, Un pueblo español frente a la cuestión del pasado*, Zaragoza, Prensa Universitaria de Zaragoza, 2016.
7. MICHONNEAU, Stéphane, "Ruinas de guerra e imaginario nacional bajo el franquismo", en Stéphane Michonneau, Xosé-Manoel Núñez Seixas, *Imaginario nacionalista en el franquismo*, Madrid, Casa de Velázquez, 2014, pp. 25-46.
8. VIEJO-ROSE, Dacia, *Reconstructing Spain. Cultural Heritage and Memory after Civil War*, Brighton-Portland-Toronto, Sussex Academy Press, 2011.